



JOSÉ MIGUEL DE ZEGADA

Lima libre
Elogio a su héroe libertador

Buenos Aires

ODA

Alguna vez, oh, Lima siempre altiva,
y de tus timbres noblemente ufana,
el sacro Jove desde el alto cielo
con dignación excelsa y soberana
sus ojos con ternura compasiva 5
volver había a tu ardoroso anhelo,
a tu antiguo desvelo
por aquel don divino
de que un terco destino,
un hado injusto con erguida frente 10
privarte amenazaba eternamente.

¿Qué, tu llanto había de ser eterno,
dilecta hija del Sol? ¿era posible
que tu opresión impávido sufriera?
No es duro, no, a tus lágrimas. Sensible 15
a los rigores de tan largo invierno
que heló tus esperanzas, la carrera
corta al genio que hubiera,
doblando tus cadenas,
prolongado tus penas, 20
y las puertas obstruye a tantos males,
sin salpicar con sangre sus umbrales.

Rendida al peso grave y majestuoso
de tres siglos de hierro, y alistada
en las banderas de un poder tirano, 25
de tus justos derechos despojada,
y al de la fuerza duro y ominoso
sujeta con rigor cruel e inhumano,
los reclamaste en vano.
Mas ya llegó el momento, 30
Jove su sacro aliento
-pág. 348-
inspira al héroe, que a quebrar destina
el torpe yugo que tu cuello inclina.

Celeste signo su natal glorioso
debió haber presagiado, cual la aurora 35
con sus brillos anuncia al sol naciente.
Pero el suelo feliz, que ilustra ahora
con sus virtudes y con su ingenioso
intrépido valor, más indulgente
con la estrella influyente 40
en su fatal destino,
ve que ella le previno
en el colmo del mal, que le humillaba,
los preludios del bien, que le esperaba.

¡Oh! ¡cuántas veces tímida acusaste 45
de tu inconstante suerte los reveses!
¡cuántas tus ojos lánguidos volviste
a los nevados Andes!, ¡Cuántas veces!
Y en sus soberbias cumbres el contraste
de tu buena fortuna presentiste, 50
cual nube que resiste
al astro que a porfía

el claro y bello día
de tu alma libertad aproximaba,
pero tenaz el hado retardaba. 55

Vieron el fin tus ansias. obsequiosos,
los escarpados montes tributaron
homenaje al valor. En sus profundos
y tenebrosos antros resonaron
los ecos de su nombre sonoros, 60
que los espacios llenan de dos mundos.
Sus triunfos sin segundos
fueron gritos sagrados,
con que atemorizados
tus opresores, tristes recibieron 65
la ley, que incautos antes te impusieron.

¡Oh, Chacabuco! ¡Oh, Maypo! Sí, allí fueron
de otro más claro triunfo los ensayos.
Allí de Astrea la más fiel balanza
ajustó los destinos. Allí rayos 70
en la fragua del celo se fundieron
para inflamar, oh, Lima, tu esperanza.
Así, pues, cuanto alcanza
tu vista desde entonces
en animados bronce, 75
debe esculpirse, pues que cede en gloria
de este hijo inmortal de la victoria.

Se aplanaron las cumbres imponentes
a la vista del héroe victorioso.
Los bosques te abren sendas, que él abrume 80
con su legión en curso majestuoso.
Los ríos le tributan sus corrientes
cual formadas de dulce y blanda espuma.
Así que todo en suma,
su poder halagando, 85
se pone de su bando,
y aun la aurora con perlas fertiliza
los verdes valles que su planta pisa.

¡Qué bellos son tus pasos, héroe invicto!
Palas los guía. Su pujante lanza 90
hizo salir del seno de la tierra
el olivo florido. ¡Qué no alcanza
la tuya más fecunda en el conflicto!
Ella engendra en el centro de la guerra

la libre unión, que encierra 95
todo el bien a que aspira
el Sud, que absorto admira
para el lleno feliz de su deseo,
en tu mano el sagrado caduceo.

Si de Alejandro la valiente pica 100
hizo brotar ciudades al desierto,
si el orbe ocupa su gloriosa fama,
la que tú enristras con mejor acierto,
y con más digno objeto, las duplica,
y su unísona voz tu brazo aclama. 105
Ellas pues en la llama
de la ara, que has oblado
a la patria, han quemado
el ídolo voraz del despotismo
que el Macedonio consagró a sí mismo. 110

Propicio el cielo tu valor prospera.
Bajo su auspicio tus pendones plantas,
no en los débiles pueblos, en la cima
del poder arbitrario. En ella cantas
el himno de la paz con tan entera 115
voz, que percibe el más remoto clima.
¡Oh, afortunada Lima!,
tu seno al fin recibe
no a un Catón que subscribe
de Cartago, a la ruina, sí al bondoso 120
justo Foción, al Fabio generoso.

Precursores de este fausto evento³⁴⁷
son sus enérgicas sólidas proclamas
del sabio Apolo parto luminoso;
ardientes focos, que despiden llamas 125
de celo, de orden, de alto sentimiento
por la unión, y la paz, ¡oh!, don precioso
del monte misterioso,
en que los inmortales
sensibles a tus males 130
al héroe ciñen con laurel divino,
y en sus manos colocan tu destino.

No los rayos de Júpiter tonante,
no de Hércules la maza formidable,
menos de Marte la cortante espada 135

son sus triunfantes armas. No. Su amable
persuasión victoriosa; su insinuante
guerrera posición, he ahí la encantada
llave, que manejada
por su mañosa mano 140
del gran templo de Jano
las puertas cierra, sin que ya por ellas
se puedan registrar sangrientas huellas.

¡Pueblos de Alto Perú: ya sancionada
es vuestra libertad. Decreto eterno 145
del alto Olimpo en su favor emana.
Si brama enfurecido el fiero Averno,
si las Parcas se agitan, y en la nada
atentasen sumir con furia insana,
¡empresa loca y vana!, 150
el templo consagrado
a esta deidad osado
el héroe de los Andes... ¡oh! su nombre
será un acento hostil que los asombre.

La capital en su opresión famosa 155
respira libre ya. Pueblos, ¿qué os resta?,
¿bien hallados estáis bajo el pesado
enorme antiguo yugo? ¿Tanto os cuesta
la cadena romper dura, ominosa,
que habéis por tantos siglos arrastrado? 160
¡Gran San Martín!, quebrado
han los dioses el sello
vil, que marcaba el cuello
de los tristes peruanos. Tú en él graba
el de la libertad, que los halaga. 165

Dilata, oh, raro genio, tus cuidados.
Todo país, todo pueblo, toda gente
de tu mano reciba el don precioso.
Ningún tirano obste impunemente
a esta obra del valor. Si injustos hados 170
adverso reputando, quizá odioso,
tu aspirar generoso,
retardasen tu empeño,
tú, ya del campo dueño,
doquiera que tremoles tus banderas 175
lograrás triunfos tantos cuantos quieras.

Ya de la libertad el encumbrado
árbol plantaste. Crezca. Sus frondosas
ramas han de cubrir el hemisferio
vastísimo del Sud. ¡Cielos!, qué hermosas 180
cuando unidas en centro hayan formado
a tu voz el vespusiano imperio.
¡Insondable misterio
al tardo viejo mundo!
Mas saldrá del profundo 185
letargo, cuando observe, que el Apolo,
que lo planta y lo riega, eres tú solo.

No será entonces, no, tan bello suelo
un terreno sin jugo, desvirtuado
pais de la esclavitud. Un germen santo 190
por el valor y la virtud sembrado
bajo un clima feraz y mejor cielo,
no ya como antes la región del llanto
por un secreto encanto
ciudadanos virtuosos, 195
patriotas generosos
no esclavos viles brotará. ¡Felices!,
con tus triunfos, oh, genio, lo predices.

Salud, pues, salud, noble guerrero,
aliento de los dioses, vive, impera 200
sobre un suelo hollado por tiranos.
¡Cuánto honor! Por ti la vez primera
hace el sol su brillante derrotero,
derramando sus luces, sobre humanos
libres, que ya sus manos 205
no miran aherrojadas,
y que tiernas miradas
volviendo a ti, bendecirán tu nombre:
¡oh! siempre vivas, bienhechor del hombre.

¡Qué grato acento! Canten las edades 210
de Ilión los triunfos, canten las acciones
de sus ilustres héroes y su gloria.
¿Dominaron al fin los corazones?
Al nivel de sus triunfos sus crueldades,
odiosa al mundo, fijan su memoria, 215
¡Oh, tú!, cuando la historia
tus claros hechos cuente,
si cual Marte valiente
te detalla, también te hallará digno

de dominar las almas por benigno. 220

Así la capital no vio en tu entrada
en sus muros legiones fulminantes,
ni del ronco cañón el estallido
oyó en sus plazas. Tú logrando instantes,
olvidando los fueros de tu espada, 225
tu noble pecho de laurel ceñido,
te adviertes recibido
entre himnos inmortales,
¡ah!, tristes funerales
del despótico imperio, cuya ruina 230
será del gran Perú la rica mina.

¡Gran ciudad de los reyes! Si has entrado
de la alma Libertad al templo augusto
en sus aras consagra reverente
al genio bienhechor un áureo busto. 235
O bien tu noble orgullo penetrado
de la alta dignidad a que valiente
te elevó, gratamente
su apoteosis sagrada
publique sancionada, 240
y antes que extraño empeño le provoque,
en la cima de Olimpo le coloque.

En este alto pensil, do los vapores
no llegan de la envidia, aquí reciba,
cual deidad tutelar que inspira bienes, 245
en un perenne e incesante viva,
en métricos acentos los honores
debidos al valor. Ciñan sus sienes
(si dignas de él las tienes)
diademas encantadas 250
por las manos formadas
de las Gracias, y en ellas lean las gentes:
Así premia la patria a sus valientes.

Si premio tal, ¡oh, jefe esclarecido!,
a coronar tu mérito no alcanza, 255
en el placer, que inunda ya tu pecho,
reposa tu virtud, tu honor descansa.
Cuando al campo de Marte en que has vencido
los ojos vuelvas; cuando satisfecho
de tanto bien que has hecho 260
lágrimas enjugando,

y la libertad dando
a tanto esclavo, que en eterno día
uncido al carro del terror gemía.

Cuando recuerdes tantos inminentes 265
enormes riesgos, a que un justo empeño
condujo a tu valor; cuando exaltada
tu viva fantasía, el fiel diseño
allí registres de los diferentes
lugares de peligro en que empeñada 270
se vio tu mano armada
en recoger laureles,
lanzando rayos crueles
contra déspotas tercos deslumbrados
en minar tus destinos empeñados. 275

Cuando en los ocios de la paz, precioso
fruto del árbol, que plantó tu brazo,
con tus valientes fieles compañeros
de armas (a quienes siempre escaso
vendrá el más alto elogio) su ardoroso 280
vivo esfuerzo aplaudiendo, cual primeros
en abrir los senderos
al colmo de las glorias,
recuerdes sus victorias,
que si la admiración del Sud exigen, 285
a ti deben refluir, como a su origen.

Cuando, en fin, los ecos clamorosos
del clarín de la Fama en tus oídos
resuenen, tu talla equivocando
con los héroes del orbe esclarecidos 290
por su raro valor; y veas que, ansiosos,
los anchos mares surcan anhelando,
con noble afán buscando
al héroe de los Andes,
¡oh, San Martín! ¡Qué grandes 295
avenidas de gozo! Satisfecho
con tanto premio quedará tu pecho.

Entretanto, el Sud desde hoy atento
en ti los ojos fija. ¡Oh!, en tu brazo
su libertad afianza, y en tu celo 300
el sagrado sostén, el dulce abrazo
del altar y la patria y su incremento.
Quiera benigno generoso el cielo

secundar el desvelo
con que sacrificado 305
el árbol has plantado
a cuyo tronco asido el Nuevo Mundo
un imperio se forme sin segundo.

Salud, pues, otra vez, triunfante atleta;
salud, valiente jefe, que a la arena 310
te presentaste audaz nunca vencido.
La extensión de los pueblos está llena
del rumor de tu nombre. Vive quieta
y pacífica vida. El torpe olvido,
fría tumba que ha sido 315
de méritos gigantes,
dejará de ser, antes
que lograr encubrir con negra sombra
el tuyo, oh, San Martín, que al orbe asombra.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

